


# Introducción



Las ideas que conformaron el mundo globalizado actual fueron una respuesta a la desastrosa situación de desglobalización de la primera mitad del siglo XX. En vista de que una economía mundial cerrada y dividida había contribuido a la depresión económica, al conflicto y, en última instancia, a la Segunda Guerra Mundial, los arquitectos de la posguerra decidieron construir en su lugar una economía mundial abierta e integrada. Un comercio más libre proporcionaría un crecimiento y un desarrollo compartidos. La interdependencia económica despertaría el interés de los países por los logros alcanzados por los demás. Las normas e instituciones internacionales fomentarían la estabilidad, la confianza y la colaboración. El antídoto contra el nacionalismo económico de suma cero fue una cooperación económica mundial de suma positiva.

La “globalización” – y la era de prosperidad y progreso mundiales sin precedentes que ha traído consigo – es la materialización de esa visión de posguerra. Pero el propio éxito de la globalización ha generado nuevos desafíos – tensiones medioambientales, aumento de la desigualdad, cambios radicales en el poder mundial – que están alimentando las presiones para que se dé marcha atrás en ese proceso, se desarticule la interdependencia y se vuelva a un mundo de bloques regionales más dividido.

En el Informe sobre el comercio mundial de este año se plantea la cuestión de si la fragmentación conduciría a un mundo más seguro, equitativo o sostenible. Se sostiene que ocurriría lo contrario: esa fragmentación disminuiría el grado de prosperidad, innovación y resiliencia de las economías, así como su preparación y voluntad de cooperar para resolver los desafíos sociales, ambientales y de seguridad a los que se enfrentan. En el informe se concluye que para resolver los desafíos actuales se necesita una mayor, y no menor, apertura, integración y cooperación a nivel mundial, que depende a su vez de la reforma del sistema comercial y económico internacional. En lugar de la fragmentación, y de todos los costos y peligros que conlleva, el objetivo debería ser la reglobalización.

## La globalización bajo presión

La globalización domina la era moderna, pero ese dominio es frágil. La integración mundial ha contribuido a impulsar un progreso económico extraordinario – crecimiento sin precedentes, ciclos de desarrollo más amplios, avances tecnológicos vertiginosos, salida de cientos de millones de personas de la pobreza extrema –, aunque también ha generado nuevos desafíos, como efectos indirectos en el medio ambiente, perturbaciones y trastornos de índole económico y la dispersión, modificación, reajuste y reequilibrio del poder mundial. Si bien las fuerzas económicas y tecnológicas están uniendo al mundo, las diferencias de política y las tensiones geopolíticas corren el riesgo de fragmentarlo.

La cooperación mundial, la confianza mutua y el propósito compartido son requisitos fundamentales para mantener una economía mundial integrada. Y durante más de 70 años, los asuntos internacionales han estado impulsados por una lógica de convergencia económica mundial cada vez más amplia y profunda. Sin embargo, ante las dificultades con que tropiezan las economías para hacer frente a los nuevos desafíos que plantea la globalización, aumentan las presiones para frenar o dar marcha atrás en la integración, desarticular la interdependencia y replegarse hacia un mundo más dividido y fragmentado.

No es la primera vez que la globalización atraviesa una crisis. El mundo emprendió la primera era de la globalización hace dos siglos. Al igual que hoy, las nuevas tecnologías, como los barcos de vapor, el ferrocarril y el telégrafo, vincularon economías muy distantes. También como ocurre actualmente, las mercancías, el capital y las personas se dispersaron con rapidez por todo el planeta, bajo el impulso de acuerdos bilaterales de reducción arancelaria, la adopción del patrón oro a nivel mundial, la mayor apertura a la migración y el papel desempeñado por el Reino Unido, como potencia económica dominante, en defensa del libre comercio y la estabilidad financiera. El resultado fue un mundo cada vez más unido por el comercio, la inversión y las comunicaciones, y el surgimiento de la primera economía mundial verdaderamente abierta.

Fue una época de grandes avances económicos – la denominada “Era del Progreso” –, pero también de crecientes tensiones políticas y geopolíticas. Las economías emergentes inundaron el mundo industrializado con productos más baratos, principalmente agropecuarios, que contribuyeron a reducir el costo de la vida, sobre todo para los más pobres, aunque también representaron una amenaza para los medios de subsistencia y generaron presiones para elevar los aranceles a fin de proteger a los sectores vulnerables. El ascenso de nuevas potencias económicas, que se vieron beneficiadas por la globalización de las tecnologías, la producción y los mercados, empezó a alterar el panorama geopolítico, lo que generó preocupación entre las antiguas potencias y condujo a una carrera

armamentística y al establecimiento de nuevas alianzas defensivas.

No obstante, a pesar de las crecientes tensiones geopolíticas, muchos siguieron dando por supuesto que esa primera era de la globalización era imparable e irreversible. En su gran éxito de ventas publicado en 1910, *The Great Illusion*, Norman Angell sostenía que la interdependencia económica cada vez mayor entre las grandes potencias haría que la guerra fuese algo tan destructivo que sería imposible que llegase a producirse (Angell, 2016). El estallido de la Primera Guerra Mundial apenas cuatro años después demostró que tenía razón sobre el poder destructivo de la guerra, pero se había equivocado en cuanto a su imposibilidad.

¿Qué falló? La Primera Guerra Mundial estalló por la confluencia de muchos factores, aunque la causa principal fue la incapacidad del sistema internacional para adaptarse a los rápidos cambios tecnológicos, industriales y geoeconómicos, lo que provocó la desintegración de la confianza entre las grandes potencias, el aumento de la rivalidad geopolítica y la ruptura de la cooperación internacional.

## Una desglobalización desastrosa

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 marcó el final de la primera era de la globalización y el comienzo de tres decenios de desglobalización. El comercio abierto cedió rápidamente el paso a restricciones, contingentes y controles en frontera; el patrón oro se hundió; y Europa, que había sido el centro de la economía mundial, quedó devastada y exhausta. Después de la guerra, las principales economías realizaron tibios esfuerzos episódicos para reconstruir una economía mundial abierta, hasta que la llegada de la Gran Depresión en 1929 acabó con la voluntad que pudieran tener de trabajar de consuno. Las economías se replegaron sobre sí mismas, se intensificaron las guerras comerciales y monetarias, y la economía mundial se fracturó en bloques regionales rivales y aislacionistas. Entre 1929 y 1932, el volumen del comercio mundial se desplomó casi un tercio y los resultados, en su conjunto y de manera individual, fueron desastrosos (véase el gráfico 1).

En su influyente obra *La crisis económica*, Charles Kindleberger adujo que el problema de fondo residía en la incapacidad de las economías para adoptar medidas de cooperación, su creciente pesimismo con respecto a la posibilidad de que existieran soluciones colectivas, y la consiguiente decisión de defender sus propias industrias, empleos y mercados nacionales, independientemente de las repercusiones negativas sobre los demás, lo que desencadenó una espiral descendente de proteccionismo, devaluaciones monetarias para empobrecer al vecino y nacionalismo económico de suma cero. En palabras de Kindleberger: “Cuando todos los

Gráfico 1: El gran desplome del comercio mundial, 1929-1932

Millones de USD



Fuente: Federico y Tena Junguito (2018a).

Nota: Basado en la serie temporal "muestra completa, precios constantes, fronteras actuales (millones de USD de 1913), importaciones, mundo".

países quisieron proteger su interés privado nacional, el interés público mundial se fue al traste, y con él los intereses privados de todos" (Kindleberger, 1986). Esta falta de cooperación en toda una serie de cuestiones – y la inseguridad económica, los conflictos y la depresión que generó— fue el caldo de cultivo para la Segunda Guerra Mundial, que constituyó el último capítulo de la fase de desglobalización del mundo y el más devastador.

## Reconstrucción de la globalización

Tras la devastación causada por la Segunda Guerra Mundial, los países emprendieron una segunda era de globalización, aunque esta vez debía construirse sobre nuevas ideas, valores e instituciones. En este esfuerzo fue fundamental el liderazgo de los Estados Unidos, la potencia económica dominante. Si bien el aislacionismo estadounidense había sido una de las principales causas de la debilidad e inestabilidad del sistema internacional en el período de entreguerras, los Estados Unidos decidieron ahora desempeñar el papel contrario, tras haber aprendido la dura lección de que su interés económico nacional estaba ligado al interés económico mundial. No solo disponían de los recursos y el poder necesarios para respaldar un nuevo sistema económico mundial, sino que, junto con sus aliados, habían formulado ideas claras sobre el tipo de sistema que se necesitaba, basándose en las "lecciones" del pasado reciente.

En primer lugar, el sistema sería abierto, inclusivo y multilateral, y desalentaría la reaparición de bloques regionales proteccionistas y aislacionistas que tanto habían contribuido a fomentar la inestabilidad y el resentimiento en el período de entreguerras. En segundo

lugar, se basaría en normas, no en el poder, para evitar la anarquía económica, la inseguridad y las rivalidades por políticas de empobrecimiento del vecino registradas en dicho período. En tercer lugar, equilibraría la necesidad de una integración económica mundial con la necesidad de políticas de empleo y redes de seguridad social nacionales, partiendo de la base, aprendida una vez más de los errores del pasado, de que el comercio abierto y la integración solo se apoyarían a nivel nacional si sus beneficios y costos se repartían de forma más equitativa. En cuarto lugar, estaría respaldado por nuevas organizaciones económicas internacionales – el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) (tras abandonarse los planes de fundar una Organización Internacional de Comercio)— que tendrían el mandato explícito de apoyar la apertura del comercio mundial y fomentar la creación de confianza y los resultados de cooperación que habían faltado en las décadas de 1920 y 1930. Y, por último, ese nuevo orden económico internacional se articularía en torno a un nuevo orden de seguridad internacional, las Naciones Unidas, para garantizar que la prosperidad y la paz mundiales fueran de la mano.

De hecho, la característica más llamativa de este sistema de la posguerra fue el supuesto básico de que contribuir al crecimiento, el desarrollo y el progreso mundiales, y crear así un futuro en el que todo el mundo pudiera compartir la prosperidad, era la condición previa esencial para lograr una paz duradera. Como dijo el ex Presidente estadounidense Roosevelt cerca del final de la guerra, "No podemos construir con éxito un mundo pacífico a menos que construyamos un mundo económicamente sano".<sup>1</sup> Aunque la palabra "globalización" no existía en 1945, refleja con exactitud el tipo de economía abierta, interdependiente y "mundial" que los arquitectos de la posguerra trataban de construir.

Esta visión económica mundial ha tenido un éxito extraordinario. En los últimos 70 años, la economía mundial se ha multiplicado por 14, y la expansión del comercio mundial ha sido aún más sorprendente al multiplicarse por 45 (véase el gráfico 2), lo que pone de relieve que la integración y el crecimiento mundiales han ido de la mano. Gran parte de esta progresión se debe al rápido crecimiento del mundo en desarrollo, especialmente después de que las grandes economías emergentes se fueran abriendo cada vez más y emprendieran la integración mundial en la década de 1980; desde entonces, la participación de las economías en desarrollo en el comercio mundial de mercancías ha pasado de menos de un tercio a casi la mitad, y su proporción en la producción mundial del 24% a más del 43%.

China constituye el ejemplo más destacado. Es el mayor exportador del mundo actualmente, mientras que hace 40 años ocupaba el puesto 32. China, que representa una quinta parte de la humanidad, ha registrado un crecimiento medio anual del 9,1% en los últimos cuatro decenios, lo que se traduce en una expansión sin precedentes de su economía, que se ha multiplicado por 38, si bien la progresión ha sido más lenta en los últimos años. La India, que concentra un porcentaje aún mayor de la población mundial, ha crecido a un promedio del 6,1% anual y es actualmente el país de más rápido crecimiento entre las principales economías del mundo. Aunque estas y otras economías emergentes de rápido crecimiento hayan acaparado la mayor parte de la atención en los últimos años, las economías avanzadas también se han expandido y progresado. Entre 1980 y nuestros días, el crecimiento del conjunto de las economías del G7 (Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y la Unión Europea) se ha multiplicado por 2,5.

La ampliación y profundización del crecimiento económico mundial no es la única condición para el desarrollo, pero sí una condición necesaria que explica por qué la era moderna de la globalización también se ha caracterizado por avances sin precedentes en materia de salud, educación, igualdad de género y reducción de la pobreza. Desde 1950, la esperanza media de vida ha aumentado en más de un tercio, pasando de 45 años a más de 73 actualmente, y todas las economías del mundo han registrado un incremento de ese indicador. La tasa actual de alfabetización de la población mundial es del 88%, frente a solo el 42% en 1960. El porcentaje de la población mundial que vive en condiciones de pobreza extrema ha disminuido del 80% en 1960 a menos del 10% en la actualidad (Banco Mundial, 2021), y solo en los tres últimos decenios 1.500 millones de personas han salido de la situación de pobreza extrema. Esta acusada tendencia a la baja de la pobreza mundial es aún más notable si se tiene en cuenta que en ese mismo período la población mundial se ha triplicado.

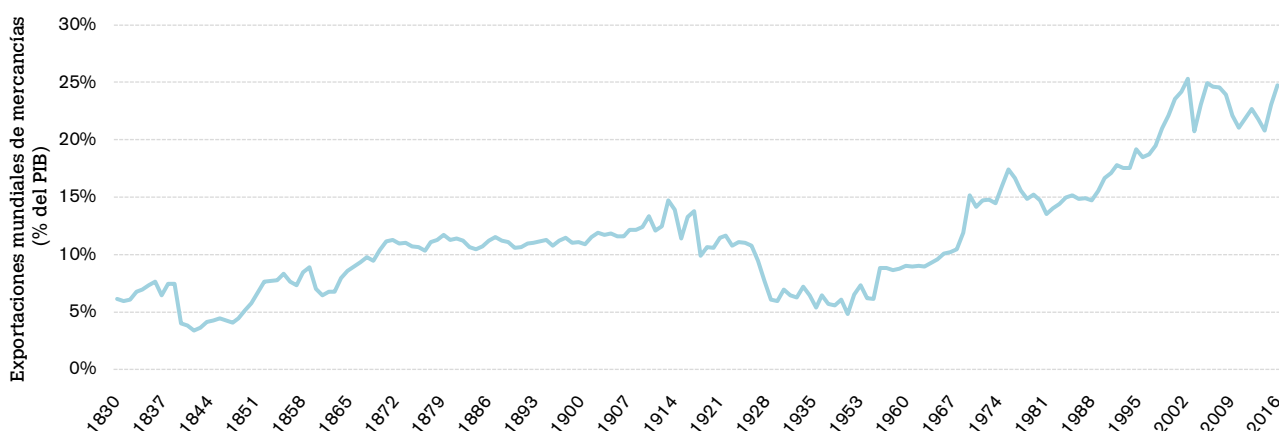
Nada de esto habría sido posible sin la globalización, y sin la expansión sin precedentes del crecimiento económico y el progreso tecnológico que ha contribuido a impulsar.

## Las soluciones pueden generar nuevos desafíos

El éxito de la globalización también ha generado nuevos desafíos.

Uno de los principales es el efecto ambiental. El rápido crecimiento económico, respaldado por una integración

Gráfico 2: Aumento, disminución y nuevo incremento de la integración económica mundial, 1830-2020



Fuente: Federico y Tena Junguito (2018b) e indicadores del desarrollo mundial del Banco Mundial.

Notas: Datos hasta 1959 basados en la serie temporal "muestra completa, precios corrientes, exportaciones/PIB, mundo" de Federico y Tena Junguito (2018b); datos desde 1960 basados en la serie temporal "exportaciones de mercancías (% del PIB)" de los indicadores del desarrollo mundial del Banco Mundial; faltan los datos relativos al período 1939-1949.

mundial cada vez mayor, ha dado lugar a un aumento de la producción, el consumo y el nivel de vida de una población mundial en rápida expansión. Pero el crecimiento económico y los importantes progresos alcanzados también están ejerciendo tensiones insostenibles en el medio ambiente a escala mundial, al generar niveles crecientes de emisiones de gases de efecto invernadero, la rápida pérdida de biodiversidad, la explotación excesiva de los recursos naturales y la propagación de la contaminación del aire, la tierra y el agua. El hecho de que estos desafíos ambientales sean en gran medida el subproducto de los extraordinarios niveles de progreso y desarrollo económicos de las últimas siete décadas no significa que no se requieran soluciones inmediatas, en particular para garantizar que los continuos progresos económicos mundiales, el desarrollo y la reducción de la pobreza no se frustren o empeoren.

Otro desafío importante es la desigualdad. Si bien la globalización ha ayudado a reducir la desigualdad entre las economías – a medida que muchas economías emergentes de rápido crecimiento recuperan terreno y convergen con las economías avanzadas –, también ha contribuido a incrementarla dentro de ellas. Las mismas fuerzas que impulsan el progreso económico mundial – especialización, competencia, innovación, producir más y mejor con menos— también engendran ganadores y perdedores, ya que prosperan nuevas industrias que requieren nuevas competencias en nuevas partes del mundo, incluso cuando las industrias más antiguas que emplean competencias obsoletas tienen dificultades, se reducen o desaparecen (Autor, Dorn y Hansen, 2013; 2016; Rodrick, 2018).

El hecho de que la economía mundial en general se haya beneficiado enormemente de los cambios impulsados por el comercio y la tecnología, que en este proceso haya habido más ganadores que perdedores, y que muchas economías hayan recurrido con éxito a las políticas nacionales para amortiguar o mitigar los efectos distributivos negativos del cambio económico, no altera la realidad de que algunas personas, grupos e incluso regiones enteras corren el riesgo de sentir que la globalización los deja atrás o los “rechaza”.

La dispersión y el reajuste del poder geopolítico complican los esfuerzos encaminados a hacer frente a estos desafíos mundiales. La globalización ha contribuido a acelerar el desarrollo e impulsar la aparición de nuevos agentes económicos poderosos. Sin embargo, el “ascenso de los demás”, como define Fareed Zakaria a este proceso, también está alterando el viejo orden internacional y modificando el equilibrio mundial de poderes, lo que desencadena enormes conmociones geopolíticas y geoeconómicas (Zakaria, 2009). Las economías avanzadas siguen teniendo una función fundamental, pero ya no ocupan una posición dominante. Las economías emergentes de rápido crecimiento de Asia, África y América del Sur desempeñan un papel en el sistema que era inimaginable hace solo 20 años, e

incluso las economías más pequeñas quieren participar en mayor medida en un sistema en el que cada vez están más interesadas.

En el caso de las potencias más antiguas, acostumbradas a ser las protagonistas, tener que compartir el escenario mundial con nuevos actores puede resultar extraño, incluso inquietante. Su “orden interior”, como dice John Ikenberry, se ha convertido de repente en el “orden exterior” (Ikenberry, 2018). A su vez, para muchas nuevas potencias, que antes estaban al margen de la política mundial de alto nivel, tener que asumir el liderazgo compartido de un sistema en el que ahora tienen una participación importante, puede resultar igual de desconocido y desafiante.

Esto ocurre al mismo tiempo que la globalización está reduciendo obstáculos, acortando distancias y acercando diferentes economías, culturas y regímenes políticos, lo que a su vez puede aumentar las tensiones sistémicas y hacer más difícil el consenso sobre políticas. Temas que antes eran internos, como las políticas en materia de reglamentación bancaria, fiscalidad o salud, tienen ahora efectos indirectos a nivel mundial. Cuestiones transfronterizas que nunca se tuvieron en cuenta al diseñar el sistema, como el cambio climático, los flujos de datos o la inteligencia artificial, exigen ahora soluciones globales coordinadas. Este nuevo mundo multipolar es más inclusivo y equitativo que el antiguo bipolar o unipolar, pero también más complejo y difícil de coordinar.

Por otro lado, una serie de conmociones sufridas en los últimos 15 años – la crisis financiera mundial de 2008-2009, la pandemia de COVID-19 y la actual guerra en Ucrania— han suscitado preocupaciones por la dependencia entre los países para abastecerse de suministros esenciales, recursos, energía y tecnologías; por cómo perturbaciones distantes pueden ahora propagarse y amplificarse a lo largo de cadenas de suministro complejas e integradas; y por el hecho de que la interconectividad y la interdependencia parecen hacer a los países menos autosuficientes y más vulnerables a las conmociones externas, y exponerlos demasiado a las turbulencias de la economía mundial. Los crecientes conflictos geopolíticos, puestos de manifiesto por la guerra en Ucrania y el aumento de las tensiones entre los Estados Unidos y China, no hacen sino agravar las preocupaciones por la excesiva dependencia de proveedores extranjeros y la disminución de la autosuficiencia nacional (Irwin, 2020; Evenett, 2022).

A su vez, estas tensiones están poniendo a prueba el vínculo más importante que mantiene unido al mundo globalizado actual: la confianza. Si la prosperidad mundial se basa en la interdependencia, la interdependencia se basa en la confianza mutua y un propósito compartido, es decir, en la voluntad de los países de reducir los obstáculos entre sí, de depender unos de otros para obtener suministros y tecnologías esenciales, y de

trabajar con los demás, y no contra los demás, para lograr resultados económicos beneficiosos para todos.

El hecho de que la cooperación mundial esté resultando más difícil en los últimos años se debe en gran medida a que la desconfianza y la sospecha, tanto entre el Este y el Oeste como entre el Norte y el Sur, están erosionando los cimientos de la confianza mutua.

## ¿Regreso al futuro?

Ante estos desafíos, han surgido posturas contrapuestas respecto de la globalización (Roberts y Lamp, 2021). Algunos sostienen ahora que la globalización, en lugar de fortalecer las economías y hacerlas más dinámicas, las hace más débiles y vulnerables al dar prioridad a la eficiencia frente a la resiliencia – al «justo a tiempo» frente al «por si acaso»— y exponerlas a riesgos excesivos y proveedores extranjeros poco fiables (Posen, 2020). Se culpa a la globalización de que, en vez de generar los recursos, inversiones y tecnologías necesarios para hacer frente a importantes desafíos mundiales, como la pobreza, la desigualdad y el cambio climático, erosiona la fortaleza económica de los países, vacía sus industrias y permite que se copien o roben sus tecnologías (Bijmakers, 2013; Hinshir, 2021; Shih, 2022). Hay quien alega que la globalización, en lugar de ayudar a construir la paz mundial aumentando la prosperidad y la interdependencia mutua, hace que el mundo sea menos seguro al dar más poder a rivales estratégicos y fortalecer los regímenes autoritarios.

Según este razonamiento, la globalización ya no es parte de la solución, sino parte del problema, y el objetivo debería ser frenar o dar marcha atrás en la integración global, desarticular la interdependencia y regresar a un mundo más dividido y desglobalizado. Algunas ideas que habían quedado desacreditadas tras los «errores» de la década de 1930 vuelven ahora a cobrar protagonismo (OMC, 2020a). Cada vez se aboga más por una deslocalización cercana o entre aliados de las cadenas de suministro, o incluso por dividir la economía mundial en bloques comerciales regionales autosuficientes y esferas económicas de influencia y limitar la cooperación a grupos más pequeños de países «amigos» o «de ideas afines». También está creciendo el apoyo a las estrategias industriales dirigidas por el Estado, las subvenciones, los aranceles sobre los productos de sustitución de importaciones y las restricciones a la exportación y la inversión, todo ello con el objetivo de aumentar la resiliencia económica, fomentar la autosuficiencia nacional, llevar de vuelta a casa los puestos de trabajo perdidos en el sector manufacturero y «eliminar riesgos» en las relaciones geoeconómicas (Wise y Loey, 2023).

Pero un proceso de desglobalización no resolverá los principales desafíos a los que se enfrentan las economías hoy en día; de hecho, los agravará y hará que sean

más difíciles de resolver. La desglobalización dejaría una economía mundial más pobre, menos eficiente, menos innovadora y con recursos más limitados, lo que reduciría la capacidad de las economías para avanzar en sus prioridades sociales, ambientales o de seguridad, desde el fortalecimiento de las redes de seguridad social a la transición a tecnologías limpias y la inversión en educación, investigación y desarrollo e infraestructura, que son ahora los elementos fundamentales de la competitividad económica, el liderazgo tecnológico y la seguridad y fortaleza nacionales. Puesto que muchos de los beneficios derivados de la globalización son el resultado de la especialización de las economías en lo que mejor saben hacer, estos beneficios se perderían si, en su lugar, las economías se centraran en aumentar la autosuficiencia y reducir la dependencia de productores más eficientes. Desarticular la apertura y la integración mundiales también limitaría la competencia, la difusión tecnológica y el intercambio de ideas, que son impulsores fundamentales de la innovación. La OMC estima que el costo de dividir el sistema mundial de comercio en bloques comerciales separados sería de aproximadamente el 5% de los ingresos reales a nivel mundial, y algunas economías en desarrollo sufrirían pérdidas de dos dígitos.

Además, estas cifras no reflejan el modo en que la fragmentación limitaría el acceso a recursos y tecnologías fundamentales de los que dependen actualmente todas las economías, haciendo que sean menos, y no más, resilientes y seguras. Esto es especialmente cierto en los sectores avanzados, en los que ni siquiera las economías más grandes poseen todos los componentes esenciales, los materiales sofisticados y los conocimientos tecnológicos necesarios para abastecerse a sí mismas. Por ejemplo, la República Democrática del Congo produce el 73% del cobalto mundial; Sudáfrica, el 70% del platino mundial; y China, más del 80% de los paneles solares mundiales y el 60% de las turbinas eólicas y baterías de coches eléctricos: recursos y tecnologías que todas las economías necesitarán para pasar a la energía limpia y alcanzar sus objetivos de emisiones de gases de efecto invernadero (White, 2023). La clave de la resiliencia y la fortaleza económicas nacionales en la economía mundial actual, sumamente compleja y muy interdependiente, radica en ampliar y diversificar el comercio, no en restringirlo ni relocalizarlo.

El mayor peligro es que los intentos de dar marcha atrás en la globalización y reconstruir muros económicos podrían generar un círculo vicioso de represalias, proteccionismo basado en el empobrecimiento del vecino, intensificación de los conflictos económicos y desmantelamiento de un sistema de comercio basado en normas, que dificultaría la cooperación mundial, no solo en cuestiones económicas, sino también en los problemas urgentes ambientales, sociales y de seguridad que se plantean. Como ocurrió en la década de 1930, el deterioro de la confianza mundial y el aumento de la inseguridad podrían obligar a las economías a hacer valer

sus propios intereses nacionales, incluso a expensas de sus intereses colectivos, por lo que todos saldrían perdiendo. La globalización se basó fundamentalmente en la cooperación económica de «suma positiva», mientras que la desglobalización refleja – y refuerza— el nacionalismo económico y la rivalidad de suma cero.

Paradójicamente, la respuesta a los desafíos que plantea la globalización es más globalización, no menos: una economía mundial más abierta, integrada y diversificada, una cooperación más profunda entre los Gobiernos, una mejor coordinación entre políticas y cuestiones, y un sistema comercial y económico internacional más sólido, inclusivo, eficaz y moderno. Hay una necesidad apremiante de reglobalización, no de desglobalización.

## Reglobalización

En el *Informe sobre el comercio mundial* de este año se analiza el debate actual en torno a la globalización y el sistema mundial de comercio en que se basa. El informe se centra en tres grandes desafíos a los que se enfrenta el orden económico mundial actual – seguridad y resiliencia, pobreza e inclusión, y sostenibilidad ambiental –, y plantea la cuestión de si el mejor camino a seguir es la integración mundial o la fragmentación. También se examina si la solución a los desafíos actuales es un proceso de reglobalización que reforme, mejore y modernice el actual sistema comercial y económico internacional.

En el capítulo B se analiza la forma en que el creciente escepticismo sobre los beneficios del comercio abierto, la interdependencia económica y la globalización está configurando el panorama de las políticas comerciales. Se pone de relieve que el comercio y el sistema multilateral de comercio han demostrado resiliencia hasta el momento, pese a un contexto político cada vez más difícil. Por ejemplo, el comercio mundial de mercancías ha seguido creciendo, aunque no al ritmo registrado antes de 2008, y los servicios, en particular el comercio digital, están progresando a un ritmo mucho más rápido que el comercio de mercancías. No obstante, en este capítulo también se observa que la cooperación comercial mundial atraviesa por una difícil coyuntura y que la tendencia a largo plazo hacia una mayor liberalización del comercio y una integración más profunda parece haberse desacelerado o estancado, especialmente en comparación con las principales iniciativas de apertura del comercio adoptadas en la década de 1990. Asimismo, se examinan las pruebas de los primeros signos de fracturas en el sistema mundial de comercio, y se destaca el riesgo cada vez mayor de fricciones comerciales, conflictos y proteccionismo.

En el capítulo C se examina la relación existente entre la globalización y la resiliencia y la seguridad económicas. Se aduce que una economía mundial integrada puede fortalecer la resiliencia y la seguridad

económicas nacionales, ya que ofrece fuentes de suministro alternativas, fomenta la adaptabilidad y reduce la dependencia de mercados únicos. En cambio, la relocalización de las cadenas de suministro o su deslocalización entre aliados podría tener el efecto contrario y fragilizar esas cadenas al recortar las opciones globales. En términos más generales, en este capítulo también se afirma que el sistema multilateral de comercio es una fuente de seguridad mundial en sí mismo, ya que promueve el diálogo, contribuye a una mejor comprensión y alienta a las economías a basarse en normas, y no en el poder, para resolver los conflictos. Aunque en este capítulo se reconoce que el comercio mundial no puede poner fin a los conflictos, se indica que sin él el mundo sería mucho más turbulento. De hecho, en este capítulo se sostiene que para fortalecer la resiliencia y la seguridad es necesario diversificar las relaciones comerciales mundiales, en lugar de limitarlas, y aumentar la cooperación económica mundial, en vez de reducirla.

En el capítulo D se analizan los efectos de la globalización en la pobreza y la desigualdad. Se señala que un comercio más abierto y una integración más profunda, respaldados por el sistema multilateral de comercio basado en normas, han contribuido a reducir la pobreza y a impulsar una convergencia histórica de los niveles de ingresos entre las economías, lo que ha dado lugar a una economía mundial más inclusiva. Aunque el comercio puede contribuir a aumentar la desigualdad dentro de las economías, dado que las personas y las empresas pueden beneficiarse en mayor o menor grado de la especialización y el cambio económicos, también es fundamental para impulsar un mayor crecimiento general, sin el cual los Gobiernos no pueden proporcionar formación, prestar asistencia para el reajuste ni redistribuir los ingresos. De ello se desprende que las políticas internas complementarias desempeñan una función decisiva para garantizar que los beneficios del comercio se compartan ampliamente dentro de las economías y que nadie se quede atrás. Por el contrario, la fragmentación económica debilitaría el motor del comercio que impulsa la mejora del nivel de vida, la reducción de la pobreza y la convergencia económica a escala mundial, y perjudicaría sobre todo a los ciudadanos más pobres de todas las economías.

En el capítulo E se examina la relación entre la globalización y los esfuerzos para abordar la sostenibilidad ambiental. Se indica que la expansión del comercio y la integración pueden ayudar a impulsar el cambio necesario hacia actividades económicas ambientalmente sostenibles y alejarse de las contaminantes al aumentar el acceso mundial a bienes, servicios y tecnologías verdes esenciales. Gracias a la lógica de la ventaja comparativa, la expansión del comercio y la integración también pueden resultar en una distribución más verde de la producción y el comercio mundiales, siempre que se apliquen las políticas ambientales adecuadas. Asimismo, el crecimiento verde y las oportunidades de desarrollo podrían verse favorecidos por la ampliación del comercio de energía

limpia, materias primas y bienes ecológicos. Por el contrario, la fragmentación económica obstaculizaría la transición hacia actividades económicas ambientalmente sostenibles, socavaría el funcionamiento de las ventajas comparativas verdes y frenaría las oportunidades de crecimiento que propician la sostenibilidad ambiental, especialmente en las economías en desarrollo. En este capítulo se aduce que la reglobalización es una parte fundamental de la respuesta a la actual crisis ambiental, al aumentar la cooperación y la apertura del comercio y su diversificación.

A lo largo de este informe, se hace referencia reiteradamente a dos términos clave: reglobalización y fragmentación. Estos términos describen dos hipótesis alternativas para el futuro de la globalización.

La fragmentación se refiere al abandono del enfoque cooperativo del actual sistema multilateral de comercio en favor de un comercio más local y basado en bloques y de políticas unilaterales. Se caracteriza por el aumento de las restricciones al comercio y la inobservancia de los compromisos asumidos en el marco de los acuerdos internacionales. Cabe citar como ejemplos las amplias restricciones comerciales impuestas a subconjuntos de economías o las políticas unilaterales que no tienen

en cuenta los efectos indirectos y las externalidades en otras economías.

La reglobalización, por el contrario, describe un enfoque que extiende la integración en el comercio a más personas, economías y cuestiones. Se trata de un enfoque centrado en la cooperación internacional, en el que se reconoce que los problemas mundiales requieren soluciones mundiales. Ahora bien, la reglobalización no es simplemente una mayor globalización, sino que requiere reformar el sistema multilateral de comercio para garantizar que se respeten los principios de un comercio seguro, inclusivo y sostenible. La reglobalización incluye la reducción de los obstáculos al comercio para los que han permanecido al margen del sistema de comercio, desde las economías menos adelantadas hasta los trabajadores de los centros industriales de las economías avanzadas. De este modo, la reglobalización promueve la resiliencia mediante la diversificación, la inclusión mediante el desarrollo, y la sostenibilidad mediante la difusión de conocimientos. Esto implica fortalecer la cooperación y la coherencia con otros foros multilaterales y en las distintas cuestiones. A través de todos estos avances, la reglobalización aprovecha las posibilidades que ofrece el comercio para impulsar soluciones a los principales desafíos actuales.

## Notas

1. Message to Congress on the Trade Agreements Act, 26 de marzo de 1945. Consultado en <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/message-congress-the-trade-agreements-act>.